

GEMA VADILLO

# SCHIZEIN

Y LA CIUDAD DONDE YA NO SALE EL SOL



CROSS  
BOOKS

**GEMA VADILLO**

# **SCHIZEIN**

**Y LA CIUDAD DONDE YA NO SALE EL SOL**

**CROSS  
BOOKS**

CROSSBOOKS, 2019  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrojuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Gema Vadillo, 2019  
© de las ilustraciones de interior y cubierta: Gema Vadillo, 2019  
© Editorial Planeta S. A., 2019  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
Primera edición: septiembre de 2019  
ISBN: 978-84-08-21483-0  
Depósito legal: B. 15.384-2019  
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel **ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# 1

## Denisse

Se formó un pequeño río de gotas de agua entre las baldosas grises del suelo. Miré al cielo, intentando seguir el recorrido de una en concreto. Mientras cientos de ellas desaparecían al contacto con la acera, yo únicamente me fijaba en algunas. En aquella ocasión, elegí fijarme en una que, por alguna razón, decidió acabar en mis zapatos. Apareció de la nada, de un parpadeo. Por más que abría los ojos, no conseguía ver bien de dónde salía cada una de las gotas. Solo veía una profunda y oscura masa gris que, desafiante, hacía que la lluvia cayera cada vez con más fuerza. Por uno de los balcones que se veían desde la calle, empezó a sonar una pieza de violín. Comenzó siendo una simple nota, seguida de otra, formando así una melodía triste y grave. Justo en el momento en el que la pieza empezaba a fluir, aparté la mirada del cielo y la clavé enseguida en el balcón. No había nadie, pero el ventanal de la casa estaba abierto de par en par, con unas grandes cortinas blancas revoloteando y jugando con la lluvia. Me alejé de la puerta de mi casa y me acerqué a la solitaria calle para así ver con más detalle la ventana de la casa de enfrente. Tan solo cuatro notas eran precisas para romper el silencio que envolvía la ciudad, triste y desolada. No había un alma por la calle, excepto la mía. No había nadie que me juzgase por disfrutar de un día bajo la lluvia sin que un paraguas me

lo impidiese, no había nadie más paseando por la calle Abendorth.

—Siento llegar tarde, estaba buscando mi cazadora con capucha y no está por ninguna parte. —Luca interrumpió la música.

Hice un gesto con las manos para que bajara la voz, pues yo quería seguir escuchando aquel violín e intentar ver quién se escondía tras la música, qué aspecto tenía. Desde pequeña tenía cierta fijación por los desconocidos. Me gustaba mirar a la gente, observar cada detalle y preguntarme cómo serían sus vidas. Solía inventar historias en mi cabeza. En el caso del violinista, me imaginé a un hombre mayor. Tenía barba de color gris, vivía solo y frecuentaba la cafetería de la esquina de nuestra calle. Pero seguía sin aparecer nadie en ese balcón, y no podía saber si esa persona era o no como me la imaginaba.

—Denisse, ¿me estás escuchando? ¡Deja de espiar a la violinista! —Aparté la vista del balcón y miré directamente a Luca.

—¿Quién es? —pregunté.

—¡Somos vecinos, vives aquí! ¿Nunca has visto salir de esa casa a una pareja joven? La chica es profesora en el conservatorio de Luft y el chico trabaja en una peluquería para perros.

—Nunca he visto a nadie. Para mí, tú eres mi único vecino, Luca.

—Denisse, eres muy observadora. No me puedo creer que hayas descubierto ahora mismo quiénes son tus vecinos de enfrente.

—Ellos no me interesan, me interesa la música que estaba sonando. —Todas mis expectativas se rompieron. No había ningún hombre mayor viviendo en esa casa.

Luca no era solo mi vecino, era mi mejor amigo, como un hermano para mí. Era un chico de lo más normal, algo exótico y de padres italianos, pero sin demasiadas rarezas. Era agradable, atento, alegre. Es decir, todo lo contrario a mí. Él me consideraba una persona peculiar que siempre estaba en las nubes. Otra de las cosas que me diferenciaba de él era mi afición por colec-

cionar fotografías tomadas por mí misma. Llevaba mi cámara a todas partes y aprovechaba cada momento para captar imágenes y pegar las mejores en una pared de mi habitación. Verlas ahí me hacía sentirme orgullosa de mi trabajo, y Luca salía en la mayoría de ellas, porque, aunque él lo negaba, era muy fotogénico. A pesar de que nunca se lo había dicho, me parecía un chico guapísimo. Llevaba ropa muy común, tenía el pelo rizado y unos ojos verdes que hacían que mis fotografías fueran especiales.

Esa misma tarde nos dispusimos a dar un paseo por el bosque de las afueras de Luft, nuestra ciudad, el cual no estaba demasiado lejos de casa. Quería capturar una imagen en la que se reflejara cada gota de agua, cada detalle de un día frío y gris. Algo que destacaba de mi ciudad —que más que ciudad era un pueblo o una villa— era el clima. Era la zona más fría de toda Alemania, y era muy raro ver un día soleado en cualquier momento del año. Luft era la ciudad donde ya no nacía el sol, pues nunca lo habíamos visto. Pero yo no me quejaba, la lluvia era algo de lo que, al contrario que Luca, realmente disfrutaba, sobre todo a la hora de salir a la calle a hacer fotografías. Luft era especial.

Mientras yo caminaba sin pausa, él corría justo detrás de mí, sin apenas poder avanzar. Estaba constantemente quitándose las zapatillas para escurrir a sus calcetines, que, empapados, no le dejaban caminar tranquilo. La tormenta era cada vez más fuerte, lo que me hacía repetirle lo mismo una y otra vez: «¡Deberías haberte puesto las botas de agua!», pero él no me escuchaba. No paraba de quejarse y de pedirme que nos sentáramos en algún sitio. Pero ¿dónde nos íbamos a sentar si estábamos en medio de un bosque? El suelo estaba mojado y lleno de riachuelos de agua de lluvia.

Saltando entre los charcos, empapado bajo la tormenta y rodeado de árboles sin hojas, no dudé ni un segundo en sacarle la foto. Abrí disimuladamente la mochila donde guardaba la cámara, con la esperanza de que no se diese cuenta y que no para-

se de saltar y de dar patadas al suelo. Quité la tapa del objetivo, medí adecuadamente la poca luz que me ofrecía el día, comprobé el encuadre y también el enfoque, y me dispuse a darle al botón.

Había algo en él que hacía que mis fotografías fuesen especiales. Me hubiera atrevido a decir que aquella, en concreto, era una de las mejores que le había hecho hasta el momento. Estaba deseando volver a casa para verla detenidamente, imprimirla y pegarla en la pared, junto al resto de mis fotos favoritas.

El cielo nublado y la piel blanquecina de Luca contrastaban con sus ojos claros y con el profundo paisaje. Se veía en la pantalla de la cámara cada gota de lluvia, cada porción del bosque reflejado en el agua del suelo, incluso cada detalle de la piel de Luca. Aparecía con una expresión firme, la mirada clavada en un charco, la boca entreabierta y los pies hundidos en el barro.

—Denisse, estoy harto de caminar. Haz ya la maldita foto y nos vamos.

—Ya está hecha —dije.

—¿Puedo verla? —respondió él.

—No hasta que llegue a casa. Cuando esté pegada en mi pared la verás.

—¡Voy a matarte, Denisse Henderson!

—¡Eso será cuando me pilles, Luca DiCarlo! —contesté.

Me aseguré bien de guardar la cámara de fotos y empezamos a correr por el bosque, camino a Luft, esquivándonos, como dos niños pequeños. Las ramas muertas de los árboles y la tormenta arropándonos mientras andábamos de vuelta a casa eran la combinación perfecta.

Tras unas horas caminando bajo una noche helada, aunque no tan fría como lo había sido la tarde, Luca se tuvo que despedir de mí. Además de estudiar en la escuela, en sus tiempos libres trabajaba como dependiente en una vieja tienda de discos de segunda mano de la ciudad. Era un lugar de lo más curioso, aunque había que perderse entre unos cuantos callejones para

encontrarlo. Cada vez que tenía que irse a trabajar, una parte de mí se quedaba triste, incluso me sentía algo celosa. Enormemente celosa. No por el hecho de que se fuese, sino por a quién veía cada día en la tienda de discos: a la hija del propietario, Ann. Una chica rubia, preciosa, de la que mi mejor amigo estaba perdidamente enamorado. Y era algo que no podía quitarme de la cabeza, porque la actitud de Ann hacía que yo me sintiese infinitamente patética, con mi pelo azabache corto y mis harapos viejos. Aun así, en realidad yo no estaba enamorada de Luca. Lo consideraba mi mejor amigo, y sabía que nunca me podría querer de esa forma, así que mi amor por él era algo más bien platónico.

En mi día a día me centraba en hacer buenas fotografías y pasear sin rumbo por las calles vacías de Luft. Y pese a que no era una ciudad demasiado grande, yo prefería perderme por los bosques de las afueras, aun teniendo todas las tiendas y lugares de interés a un tiro de piedra de casa.

No me molesté en rebuscar las llaves de la puerta de casa en el inmenso bolsillo de mi chaqueta, me limité a llamar con la esperanza de que mi padre me abriese; y así fue.

Mi situación era muy parecida a la de Luca, aunque él destacaba sobre todo por su acento y aspecto extranjero, ya que en Luft lo normal era tener el pelo algo más claro y los ojos azulados. Mi padre adoptivo, Brandon, llevaba toda la vida viviendo aquí, pero, al haber nacido en el Reino Unido, no parecía del todo extranjero. Sin embargo, la familia de Luca era admirable. Sus padres eran geniales. Los míos, a los que nunca conocí, sencillamente no se interesaron por mí y me dejaron bajo el cuidado de Brandon, y yo le apreciaba por ello.

No tardé en subir a mi cuarto, quitar la tarjeta de memoria de la cámara de fotos e introducirla en el ordenador portátil. Cuanto más miraba aquella fotografía, más me gustaba. Mientras encendía la impresora y volvía a guardar el equipo fotográfico, mis ganas de verla en la pared aumentaban.

Y allí estaba, quieta, perfectamente colocada al lado de una fotografía de unos ciclistas y de otra de unas latas de refresco tiradas en el suelo. No era la primera imagen de Luca que col-



gaba en mi pared, y aunque casi nunca se enteraba cuando le hacía las fotos, era un modelo excelente para mi cámara.

Justo en el preciso momento en el que iba a apagar el ordenador y bajar a cenar al salón, la sonrisa se me desdibujó de la cara. Un panfleto de la tienda de discos que estaba en el suelo me hizo pensar en qué estaría haciendo Ann.

¿Estaría con él?